

bado conocido es la representación de una corrida caballerisca, de Juan Stradan, como ilustración de libro «Venationes Ferarum, Avium...», de 1578. Posteriormente, en el siglo XVII, se formaliza el toreo a caballo, que se desarrolla en la siguiente centuria con la lidia a pie. En los inicios del XIX, la corrida de toros se configura tal y como hoy se conoce y darán lugar a las mojigangas.

En los siglos XVII y XVIII se representan imágenes de corridas con escenarios más o menos fantaseados: Plaza Mayor de Madrid o Jardines del Buen Retiro. Posiblemente entre los primeros grabados cultos están los que ilustran la edición de «Los ejercicios de la gineta», de Gregorio Tapia Salcedo, de 1643, realizados por María Eugenia de Beer.

La segunda mitad del Setecientos es la época dorada de la tauromaquia, que también se extenderá a lo largo de otros cincuenta años en la siguiente centuria. En 1750 se inaugura la plaza de toros estable de Madrid, en las proximidades de la Puerta de Alcalá, diseñada por Ventura Rodríguez. En este primer medio siglo, las figuras de la lidia son Costillares, José Delgado (Pepe-Hillo), Pedro y José Romero..., todos son magníficamente «retratados» por Carnicero, Luis Paret, Bayeu o el mismo Goya.

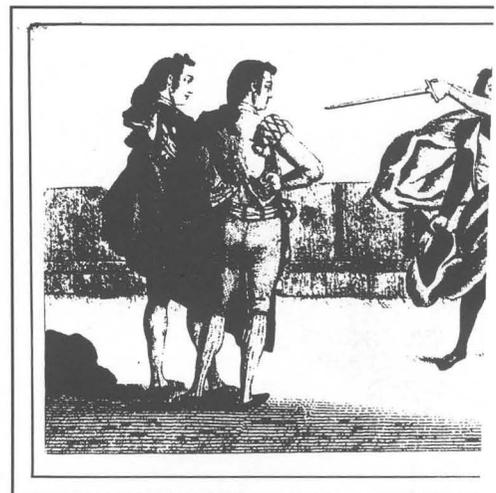
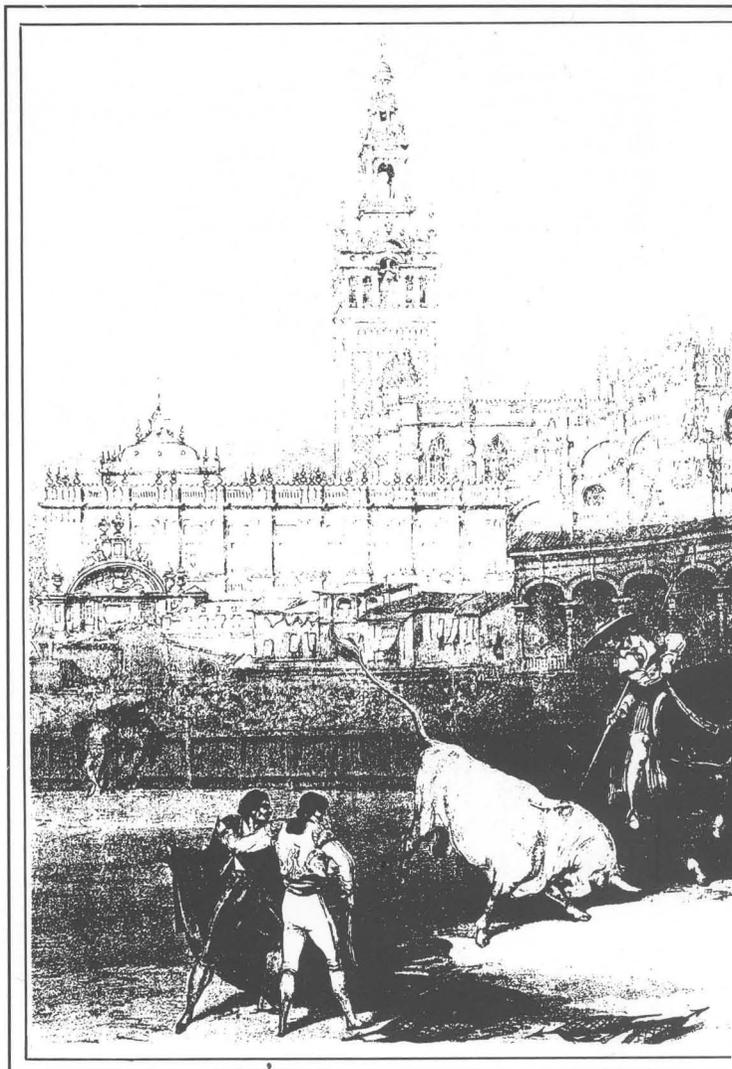


Las primeras estampas coloreadas son aguatinas del 1800, de series inglesas.

En 1805, Carlos IV, por consejo del valido Godoy prohíbe los festejos por una sucesión de hechos trágicos ocurridos en plazas de toros. José Bonaparte volverá a autorizar la fiesta con objeto de distraer a la población de las desgracias de la guerra: fue un período heterodoxo, con suerte muy alejada de la pureza del toreo, donde intervinieron las tropas del ejército napoleónico: sarracenos y moriscos.

Las primeras estampas coloreadas son las aguatinas de series inglesas del 1800. Para los puristas, las mejores series son las iluminadas a mano, método que le da una particular personalidad a cada estampa.

Finalizaba el Setecientos cuando se publicó en Cádiz la «Tauromaquia o Arte de torear a caballo y a pie», escrita por Josep Delgado, Pepe-Hillo. Ocho años después, en 1804, Madrid imprimía en Vega y Cía. la segunda edición adornada con 30 láminas de las principales suertes «realizadas por un aficionado». Esta obra es básica en la literatura taurina —se afirma que fue redactada por José de la Tixeja— y ha sido universalizada con los aguatinas que preparó Picasso en 1957 para la edición de Gustavo Gili de 1959. La Biblioteca Nacional de Madrid conserva los dibujos originales de la edición de 1804, procedentes de la colección de Valentín Corderera, que pudieran ser de Asen-



sio Juliá (1748-1832), pintor valenciano amigo y colaborador de Francisco de Goya.

Tres grandes artistas españoles, entre otros muchos, sintetizaron en su obra gráfica la tauromaquia: Antonio Carnicero, Francisco de Goya y Francisco Lameyer. Carnicero grabó entre 1787 y 1814 la «Colección de las principales suertes de una corrida de toros», influyendo en el grabado europeo de tema taurino durante más de medio siglo. Las seis primeras estampas de la edición se pusieron a la venta en las li-